

hombre que me mostrase tanto apego como el que yo le mostraría á él, nunca se arrepentiría usted de haberse casado conmigo. No es aquí, por ejemplo, donde yo podría serle muy útil; pero si nos fuésemos á París, vería usted á dónde soy yo capaz de conducir á un hombre de talento y de medios como usted, en un momento en que se rehace el gobierno de arriba abajo y en que los extranjeros son los amos. En fin, aquí para entre los dos, la cuestión de que se trata ¿es una desgracia ó una suerte que pagaría usted algún día? ¿Por quién se interesará usted? ¿Por quién trabajará usted?

—¡Yo, por mí!—exclamó brutalmente Bousquier.

—¡Ah! ¡monstruo, nunca será usted padre!—dijo Susana dando á su frase el acento de una maldición profética.

—Vamos, basta de tonterías, Susana—repuso Bousquier, —pues aun me parece que estoy soñando.

—¿Pues qué se necesita para llamarle á usted á la realidad?—exclamó Susana levantándose.

Bousquier frotó el gorro de algodón contra su cabeza, imprimiéndole un movimiento de rotación con una energía que indicaba una prodigiosa fermentación en sus ideas.

—¿Lo cree y le satisface?—dijo Susana para sus adentros.

—¡Dios mío, qué fácil es coger á estos hombres!

—Susana, ¿qué diablos quieres que haga? Es tan extraordinario... Pero ¿quién había de creer?... El hecho es que... pero, no, no, eso no puede...

—¿Cómo! ¿que no puede usted casarse conmigo?

—¡Oh! ¡eso es imposible! Yo tengo hechos ya mis compromisos.

—¿Con quién? ¿con la señorita Armanda ó con la señorita Cormón, que le han dado á usted calabazas? Escuche usted, señor Bousquier, mi honor no necesita gendarmes para arrastrarle á usted á la alcaldía; á mí no me han de faltar nunca maridos y, por lo tanto, no quiero á un hombre que no sabe apreciar lo que valgo. Algún día se arrepentirá usted acaso de la manera como se porta usted hoy, porque, sépalo usted bien, nada en el mundo, ni el oro, ni el dinero, le devolverá á usted su suerte si hoy se niega á tomarla.

—Pero, Susana, ¿estás segura de...?

—¡Ah! ¡caballero!—dijo la joven parapetándose en su virtud—¿por quién me toma usted? Yo no le recuerdo las palabras que me ha dado, palabras que perdieron á una

pobre joven cuyo único defecto es el tener tanta ambición como amor.

Bousquier estaba entregado á mil pensamientos contrarios, al gozo, á la desconfianza y al cálculo. Había resuelto hacía ya tiempo casarse con la señorita Cormón, toda vez que la Constitución le ofrecía la magnífica senda política de la diputación. Ahora bien, su matrimonio con la solterona había de darle tan gran reputación en la villa, que él esperaba adquirir allí una gran influencia; así es que la revelación que le hacía la maliciosa Susana le colocaba en un terrible apuro. A no haber sido por aquella secreta esperanza, Bousquier se habría casado con Susana sin reflexionarlo siquiera y se habría colocado á la cabeza del partido liberal de Alençon. Después de semejante matrimonio, renunciaba á la primera sociedad, para quedar incluido en la clase burguesa de los negociantes, de los fabricantes ricos y de los ganaderos, los cuales lo proclamarían con gusto su candidato. Bousquier preveía ya la extrema izquierda. Esta deliberación solemne no la ocultaba, al mismo tiempo que se pasaba la mano por la cabeza y daba mil vueltas al gorro que descubría la desastrosa desnudez de su cráneo. Como todas las personas que logran más que lo que esperan, Susana estaba asombrada, y para ocultar su asombro tomó la postura melancólica de una muchacha engañada ante su seductor, si bien se reía interiormente.

—Querida hija mía, yo no caigo en semejantes lazos.

Tal fué la frase breve que puso fin á la deliberación del antiguo proveedor. Bousquier se vanagloriaba de pertenecer á aquella escuela de filósofos cínicos que no quieren ser engañados por las mujeres y que las incluyen á todas en la clase de las sospechosas. Estos hombres listos, que son generalmente débiles, tienen un catecismo especial para lo que atañe á las mujeres, y para ellos todas, desde la reina de Francia hasta la modista, son esencialmente libertinas, solapadas, asesinas, bribonas, embusteras por naturaleza é incapaces de pensar más que en bagatelas. Para ellos, las mujeres son bayaderas malhechoras á quienes hay que dejar bailar, cantar y reír; no ven en ellas nada santo ni grande y no las consideran como la poesía de los sentidos, sino como la sensualidad grosera. Dentro de esta jurisprudencia, si la mujer no está constantemente tiranizada, reduce al hombre á la condición de esclavo. Desde este punto de vista, de Bous-

quier seguía siendo aún la contrapartida del caballero de Valois. Al pronunciar la frase anterior, el solterón tiró su gorro á los pies de la cama como hubiese hecho el papa Gregorio con el cirio que derribaba al fulminar una excomunión, y Susana supo de aquel modo que Bousquier llevaba un bisoñé.

—Señor Bousquier—respondió majestuosamente Susana, —no olvide usted que al venir á buscarle he cumplido con mi deber; no olvide usted que he debido venir á ofrecerle mi mano y á pedirle la suya; pero recuerde también que en mi conducta he observado la dignidad de la mujer que se respeta. Yo no me he rebajado á llorar como una necia, no he insistido, ni le he atormentado. Ahora ya conoce usted mi situación y sabe que no puedo permanecer en Alençon, porque mi madre me pegaría y la señora Lardot, que no olvida nunca los principios de la moral, me echaría de su casa. Y pobre obrera como soy, ¿qué va á ser de mí? ¿he de ir á un hospital? ¿tendré que mendigar mi sustento? ¡No! antes me arrojaría de cabeza al río. ¿No le parece á usted más natural que me vaya á París? Mi madre podrá encontrar un pretexto para enviarme allí: ya porque un tío me llame, ya porque una tía está en la agonía ó porque una señora desea protegerme. Sólo me hace falta el dinero necesario para el viaje y para lo demás que usted sabe...

Esta noticia tenía mil veces más importancia para Bousquier que para el caballero de Valois; pero él solo y el caballero estaban en este secreto, que sólo será descubierto en el desenlace de esta historia. Por de pronto, baste decir que la mentira de Susana introdujo una gran confusión en las ideas de Bousquier, el cual era incapaz de hacerse una reflexión seria. Sin esta turbación y sin su alegría interior, hubiera pensado que una muchacha honrada como Susana cuyo corazón no estuviera aún corrompido, hubiera muerto mil veces antes de entablar una discusión de este género y de pedirle dinero, y hubiera reconocido en la mirada de la joven la cruel cobardía del jugador que se ve capaz de asestar para procurarse dinero para el vicio.

—¿Y te irías á París de veras?—le preguntó.

Al oír esta pregunta, la alegría hizo brillar los ojos grises de Susana; pero el feliz Bousquier no lo advirtió.

Bousquier empezó á lamentarse, diciendo que acababa de pagar el último plazo de su casa y que tenía que satisfacer

sus cuentas al pintor, al albañil y al carpintero; pero Susana le dejó hablar esperando la cifra. Bousquier le ofreció cien escudos, y la joven hizo lo que se llama un ademán teatral y se dirigió á la puerta sin contestarle.

—Pero, mujer, ¿á dónde vas?—dijo Bousquier inquieto.— ¡Hé aquí la hermosa vida de soltero!—exclamó.— ¡Que el diablo me lleve si me acuerdo de haberla utilizado más allá de dos veces, y ¡¡paf!!... con esto ya se cree ella autorizada para girarle á uno una letra de cambio á quemarropa.

—Señor—dijo Susana llorando,—voy á casa de la señora Gransón, la tesorera de la Sociedad Materna, la cual sé yo que sacó de un apuro igual á una muchacha que se hallaba en el mismo caso que yo.

—¡La señora Gransón!

—¡Sí—dijo Susana,—la parienta de la señorita Cormón, presidenta de la Sociedad Materna. Las damas de la villa han creado aquí una institución que impedirá el que muchas jóvenes maten á sus hijos...

—Toma, Susana—dijo Bousquier tendiéndole una llave, —abre tú misma el secreter y coge un saquito que contiene seiscientos francos. Es todo lo que poseo.

Con su aire abatido, el anciano proveedor demostró lo mucho que le dolía dar dinero, y dió lugar á que Susana se dijese para sus adentros:

—¡Ah! viejo ladrón, te aseguro que hablaré á toda la villa de tu bisoñé.

La joven comparaba á Bousquier con el delicioso caballero de Valois, el cual, si no le había dado nada, la había en cambio comprendido y aconsejado.

—Susana—exclamó Bousquier al ver que tenía ya la mano dentro del cajón,—si me la pegas, no...

—Pero, señor—dijo Susana interrumpiéndole con gran impertinencia,—¿quiere usted decir que no me daría este dinero si yo se lo pidiese?

Una vez llevado al terreno de la galantería, el proveedor lanzó un suspiro y dejó oír un gruñido de adhesión.

Susana tomó el saco y salió, dejándose besar en la frente por el solterón, el cual pareció decir:

—Es un derecho que me cuesta bien caro; pero es preferible esto que verse perseguido por un abogado como seductor de una muchacha procesada por infanticidio.

Susana metió el saco en una especie de cestito de junco

que llevaba en el brazo, y como deseaba mil francos, maldijo la avaricia de Bousquier. Una vez que á una muchacha se le ha metido una idea en la cabeza, no cesa ante nada, y mientras Susana iba por la calle de Bercaïl, pensó que la Sociedad Materna, presidida por la señorita Cormón, tal vez completaría la suma en que ella había cifrado sus gastos y que para una muchacha de Alençon era considerable. Además, odiaba á Bousquier, y como el solterón hubiese dado muestras de temer la confesión de su pretendido crimen á la señorita Gransón, Susana, aun á riesgo de no recibir un céntimo de la Sociedad Materna, quiso armarle un lío al antiguo proveedor. En la joven artesana hay siempre un poco del espíritu malhechor del mono. Susana entró, pues, en casa de la señora Gransón, preparando un rostro compungido.

La señora Gransón, viuda de un teniente coronel de artillería muerto en Lena, poseía por toda fortuna una escasa pensión de novecientos francos y cien escudos de renta; pero tenía además un hijo cuya educación le había devorado sus economías. Esta señora ocupaba en la calle de Bercaïl uno de esos tristes pisos bajos que, por ocupar la calle principal de los pueblecitos, suelen llamar la atención de los viajeros. La habitación consistía en una puerta de dos hojas á la que daban acceso tres escalones piramidales y un pasillo de entrada que conducía á un patio interior y al extremo del cual había una escalera cubierta por una galería de madera. A un lado del pasillo, el comedor y la cocina, y al otro un salón para todos los fines y el dormitorio de la viuda. Atanasio Gransón, joven de veintitrés años, albergado en la buhardilla que había sobre el primer piso de esta casa, aportaba al hogar de su pobre madre los seiscientos francos de un destino que la influencia de su parienta la señorita Cormón le había proporcionado en la alcaldía de la villa, donde se ocupaba de las actas del estado civil. Por estas indicaciones, todo el mundo podrá imaginarse á la señorita Gransón en su frío salón con cortinas amarillas, con muebles de terciopelo de Utrecht, recogiendo después de una visita las esteritas que colocaba delante de las sillas para que no le ensuciasen el piso y volviendo á ocupar su sofá provisto de cojines y á reanudar su labor contemplando desde su asiento el retrato del teniente coronel de artillería colocado entre las dos ventanas y mirando á intervalos lo que pasaba por la calle de Bercaïl. La tal señora, que era una buena mujer, vestía con

extremada sencillez y su traje parecía estar en armonía con su cara pálida y ajada por los pesares. La rigurosa modestia de la pobreza se dejaba sentir en todos los accesorios de aquella casa, donde, por otra parte, se echaban de ver las costumbres probas y severas de la provincia. En el momento en que Susana llegaba á esta casa, el hijo y la madre estaban juntos en el comedor, donde almorzaban una taza de café con tostadas de manteca. Para que se comprenda el placer que la señorita Susana iba á causar á la señorita Gransón, es preciso explicar los secretos intereses de la madre y del hijo.

Atanasio Gransón era un joven delgado y pálido, de mediana estatura y de enjuto rostro, donde unos ojos negros llenos de expresión y de vida hacían el efecto de dos manchas de carbón. Las líneas un poco desencajadas de la cara, las sinuosidades de la boca, la barba bruscamente levantada, el corte regular de una frente de mármol y cierta expresión melancólica causada por el sentimiento de su miseria, en contradicción con la potencia con que él se sentía, indicaban al hombre de talento aprisionado. Así es que en cualquiera otra parte que no hubiese sido la villa de Alençon, el aspecto de su persona le hubiera valido la amistad de las gentes superiores ó de las mujeres que reconocen al hombre de genio, aunque vaya de incógnito. Si no se veía claramente en él el genio, se veía la forma que toma; si no se percibía la fuerza de un gran corazón, se notaba al menos el brillo que éste imprimía á la mirada. Aunque podía expresar la sensibilidad más elevada, la envoltura de la timidez destruía en él hasta las gracias de la juventud, del mismo modo que los hielos de la miseria impedían tomar vuelos á su audacia. La vida de provincia, sin salida, sin aprobación y sin alientos, describía un círculo en el que moría aquella inteligencia que no estaba siquiera aún en el alba de su día. Por otra parte, Atanasio tenía ese orgullo salvaje que produce la pobreza en los hombres eminentes, y que los agranda durante su lucha con los hombres y las cosas; pero que al empezar la vida constituye un obstáculo para su advenimiento. El genio procede de dos maneras: ó toma lo que necesita tan pronto como lo ve, como hicieron Napoleón y Molière, ó espera á que vayan á buscarle una vez que se ha revelado. El joven Gransón pertenecía á la clase de los hombres de talento que se ignoran y que se desaniman fácil-

mente. Su alma era contemplativa, y vivía más bien por el pensamiento que por la acción. Tal vez les hubiese parecido incompleto á los que no conciben el genio sin los apasionados chisporroteos del francés; pero era potente en el mundo de los espíritus y debía llegar por una serie de emociones ocultas al vulgo, á esas súbitas determinaciones que los cierran herméticamente para el mundo y que hacen decir á los necios: «¡Está loco!» El desprecio con que mira el mundo la pobreza, mataba á Atanasio, el cual era hombre que hubiera podido competir con los más ilustrados de su época; pero aquella águila encerrada en una jaula y sin alimento, iba á morir de hambre después de haber contemplado con mirada ardiente las campiñas y los montes donde se cierne el genio. Aunque sus trabajos en la biblioteca de la villa pasasen desapercibidos para el mundo, él encerraba en su alma sus pensamientos de gloria, porque podían perjudicarle; pero lo que tenía aún más profundamente sepultado en su corazón era una pasión secreta que secaba sus mejillas y extingüía sus colores. Atanasio amaba á una parienta lejana, á aquella señorita Cormón que era cortejada por el caballero Valois y Bousquier, sus rivales desconocidos. Este amor fué engendrado por el cálculo. La señorita Cormón tenía fama de ser una de las más ricas de la villa, y el pobre muchacho se había inclinado á amarla por el afán de dicha material, por el deseo mil veces acariciado de alegrar los últimos días de su madre, con el objeto de lograr un bienestar necesario á los hombres que viven del pensamiento; pero este inocente punto de partida deshonraba á sus ojos su pasión y le hacía temer, además, el ridículo con que el mundo cubriría el amor de un joven de veintitrés años con una mujer de cuarenta. No obstante, su pasión era verdadera, pues lo que en esta materia pudiera parecer falso en cualquiera otra parte, se realiza muchas veces en provincias. En efecto, careciendo en éstas las costumbres de azares, de movimiento y de misterio, hacen el matrimonio necesario. Ninguna familia acepta á un joven de costumbres disolutas. Si parece natural en una capital la unión de un joven como Atanasio con una hermosa muchacha como Susana, en provincias espanta y deshace de antemano el matrimonio de un joven pobre, pues para lograr que le perdonen á uno alguna faltilla de este género, es necesario ser rico. Ahora bien, entre la depravación de ciertas relaciones y un amor sincero, el hombre de

corazón y pobre no puede titubear: prefiere desgracias de la virtud á las desgracias del vicio. Pero en provincias, las mujeres de que puede enamorarse un joven son raras: una joven hermosa y rica no puede lograrla en un país donde todo es cálculo; le está prohibido amar á una joven hermosa y pobre, porque como dicen los provincianos, esto equivaldría á unir el hambre con la necesidad; finalmente una soledad monacal siempre es peligrosa en la juventud. Estas reflexiones explican el por qué la vida de provincias tiene por base fundamental el matrimonio y ésta es la razón también de que los genios vivos y animados deben dejar todas esas frías regiones donde el pensamiento es perseguido por una brutal indiferencia, y donde ninguna mujer puede ni quiere constituirse en una hermana de la caridad al lado de un hombre de ciencia ó arte. ¿Quién se dará cuenta de la pasión de Atanasio por la señorita Cormón? No serán ciertamente las gentes ricas, esos sultanes de la sociedad que encuentran hárenes, ni los burgueses que siguen la gran ruta plagada de preocupaciones, ni las mujeres que no queriendo concebir las pasiones de los artistas les imponen el talión de sus virtudes, imaginándose que los dos sexos se gobiernan por las mismas leyes. Para comprender esta pasión, tal vez sería preciso llamar aquí á los jóvenes que sufren por tener que reprimir sus primeros deseos en el momento en que éstos gritan con más fuerzas, á los artistas enfermos que ven ahogado su genio por las garras de la miseria, y á los talentos que habiéndose visto en un principio perseguidos, sin amigos y sin apoyo, acabaron por triunfar de la doble angustia del alma y del cuerpo, igualmente doloridos. Todos estos conocen bien los lancinantes ataques del cáncer que devoraba á Atanasio, porque ellos han sufrido esas largas y crueles luchas para lograr fines grandiosos sin encontrar medios para ello, y ellos han soportado y recorrido el árido camino del genio y de la gloria. Estos saben que la grandeza de los deseos está en razón directa de la extensión de la imaginación. Cuanto más alto ascienden, más bajos caen; ¡y cuántos lazos no se rompen en estas caídas! Su penetrante mirada ha descubierto, como la de Atanasio, el brillante porvenir que les esperaba, del cual se creían sólo separados por gasa; pero esta gasa, que no era suficiente á contener sus ojos, la convierte la sociedad en una muralla de bronce. Impulsados por la vocación y por el sentimiento del arte, estos seres

intentan varias veces crearse un ambiente de sentimientos que la sociedad materializa incesantemente. ¡Cómo! ¿Calcula y arregla el matrimonio la provincia con objeto de crearse el bienestar y le estaría prohibido á un pobre artista, al hombre de ciencia, darle un doble destino haciéndole servir para salvar su pensamiento y para asegurar su existencia? Agitado por estas ideas, Atanasio Gransón consideró al principio su matrimonio con la señorita Cormón como una manera de asegurarse la existencia, de poder aspirar á la gloria y de hacer feliz á su madre. Para ello, el pobre joven se consideraba capaz de amar fielmente á la señorita Cormón. Acariciando esta idea, sin que él mismo se apercibiese, su propia voluntad no tardó en crear una pasión real, y estudiando á la solterona, acabó por ver sus bellezas y por olvidar sus defectos, á causa tal vez del prestigio que ejerce el hábito. En un joven de veintitrés años los sentidos entran por mucho en el amor, y el fuego de la juventud forma una especie de prisma entre los ojos y la mujer. Desde este punto de vista, el abrazo que Querubín da en la escena á Marcelina es un rasgo de genio de Beaumarchais. Pero si se tiene en cuenta que, en medio de la profunda soledad que su miseria creaba á Atanasio, la única figura sometida á sus miradas y que atraía constantemente sus ojos era la señorita Cormón, ¿no se encontrará natural su amor? Este sentimiento tan profundamente oculto, fué creciendo de día en día. Los deseos, los sufrimientos, la esperanza y las meditaciones iban aumentando en medio de la calma y el silencio el lago en que cada hora iba poniendo su gota de agua y que inundaba el alma de Atanasio. Cuanto más crecía el círculo interior que describía la imaginación ayudada por los sentidos, más imponente aparecía la señorita Cormón y más aumentaba la timidez de Atanasio. La madre de éste lo había adivinado todo, y como buena provinciana calculaba friamente las ventajas de este matrimonio, y se decía que la señorita Cormón se podía dar por satisfecha casándose con un joven de veintitrés años, lleno de talento y que sería la gloria de la familia y del país; pero los obstáculos que la escasa fortuna de Atanasio y la edad de la señorita Cormón oponían para este matrimonio, le parecían insuperables, y sólo con paciencia creía poder vencerlos. Al igual que Bousquier y que el caballero de Valois, la madre tenía su política, acechaba todas las circunstancias y esperaba la hora

propicia con esa astucia propia del interés y del amor materno. La señora Granson no desconfiaba del caballero de Valois, pero había supuesto que Bousquier, aunque había sido rechazado, tenía pretensiones, y constituyéndose en hábil y secreta enemiga suya, le hacía un daño inaudito para servir á su hijo, al cual, por lo demás, no le había comunicado nunca sus sordos manejos. ¿Quién no comprenderá ahora la importancia que iba á tener la mentira de Susana, una vez que ésta se la hubiera comunicado á la señora Granson? ¿Qué arma en manos de la dama de la caridad, tesorera de la Sociedad Materna, y cuán hipócritamente iba á transmitir la noticia abogando por la casta Susana!

En este momento, Atanasio permanecía pensativo con los codos apoyados en la mesa, contemplando con mirada distraída aquella pobre habitación de ladrillos encarnados, con sillas de paja, armario de madera pintada y cortinas blancas y de color rosa, que parecían un tablero de damas, habitación que estaba tendida con viejo papel de taberna y que se comunicaba con la cocina mediante una puerta vidriera. Como estaba adosado á la chimenea enfrente de su madre, y como la chimenea se encontraba casi delante de la puerta, su cara pálida, pero bien iluminada por la luz de la calle y rematada en hermosos cabellos negros, y sus ojos animados por la desesperación, se ofrecieron de pronto á la mirada de Susana. La joven, que tenía indudablemente el instinto de la miseria y de los sufrimientos, sintió brotar en su corazón esa chispa eléctrica que no se sabe de donde emana, que no se explica, que es negada por algunos talentos, pero cuya simpática sensación ha sido sentida por muchas mujeres y hombres. Esta chispa es á la vez una luz que ilumina las tinieblas del porvenir, un presentimiento de los goces puros del amor mutuo y la seguridad de que dos seres han de comprenderse. La mirada queda fascinada por irresistible atracción, el corazón se conmueve, las melodías de la dicha resuenan en el alma y en los oídos, y una voz grita: *¡Es él!* Después de esto, la reflexión apaga muchas veces con sus duchas de agua fría este ardiente sentimiento, y todo termina en él. Susana sintió acudir á su corazón una avalancha de pensamientos con la rapidez del rayo. Una chispa del amor verdadero quemó las malas hierbas nacidas al soplo del libertinaje y de la disipación, comprendió cuánto perdía en santidad y en grandeza deshonrándose engañosamente á sí propia, y lo que la vis-

pera era una broma á sus ojos, pasó á ser una cosa grave y le hizo recular. Pero la imposibilidad de un resultado positivo, la pobreza de Atanasio, una vaga esperanza de volver de París con las manos llenas para decirle: ¡*Te amaba!* y la fatalidad, si se quiere, secó aquella lluvia bienhechora. La ambiciosa muchacha pidió con aire tímido un momento de atención á la señora Gransón, y ésta se la llevó á su dormitorio. Cuando Susana salió, miró por segunda vez á Atanasio, lo encontró en la misma postura y retuvo sus lágrimas. Respecto á la señora Gransón, estaba radiante de alegría al considerar que tenía al fin un arma terrible contra Bousquier y que podía inferirle una herida mortal. Por de pronto, había prometido á la joven seducida el apoyo de todas las damas de la caridad y de todas las comanditarias de la Sociedad Materna, y entreveía ya una docena de visitas que iban á ocuparle el día, y durante las cuales lograría formar una espantosa tormenta sobre la cabeza del solterón. Aunque el caballero de Valois preveía el aspecto que iba á tomar la cosa, nunca creyó que el escándalo iba á llegar á tanto.

—Hijo mío—dijo la señora Gransón á Atanasio,—ya sabes que hoy tenemos que ir á comer á casa de la señorita Cormón; así es que debes arreglarte un poco. Haces mal en abandonarte de ese modo. Ponte una camisa planchada y la levita verde, pues tengo mis razones para desear que te presentes hoy guapo. Además, la señorita Cormón se marcha hoy á Prebaudet, y habrá mucha gente en su casa. Cuando un joven es casadero, debe servirse de todos los medios para agradar. ¡Ah! hijo mío, si las jóvenes quisieran ser sinceras, te asombraría el saber de qué se enamoran. Muchas veces basta que un hombre haya pasado á caballo mandando una compañía de artillería, ó que haya ido á un baile con un hermoso traje, para que todas se vuelvan locas por él. Otras, un cierto movimiento de cabeza, una postura melancólica, hacen suponer toda una vida. Nosotras nos forjamos toda una novela con nuestro héroe, el cual podrá resultar luego un bestia, pero lo cierto es que el casamiento se consume. Examina al señor caballero de Valois, estúdiale, imita sus maneras, mira como él se presenta con desenvoltura, y no con aire tímido como tú. Habla un poco; ¡cualquiera diría que no sabes nada, tú que posees el hebreo de memoria!

Atanasio escuchó á su madre con aire asombrado, pero

sumiso, y después se levantó, tomó su gorra y se fué á la alcaldía diciéndose:

—¿Habrá adivinado mi madre mi secreto?

Para ir á la oficina, pasó por la calle de Val-Noble, donde vivía la señorita Cormón, y mientras disfrutaba de este pequeño placer, que se procuraba todas las mañanas, se decía mil cosas fantásticas como las siguientes:

—¡Cuán lejos está ella de imaginarse que en este momento pasa por delante de su casa un joven que la querría bien, que le sería fiel, que no le daría nunca un disgusto y que le dejaría la libre disposición de su fortuna! ¡Dios mío! ¡qué fatalidad! en la misma villa, y á dos pasos uno de otro, ¡y no poder vivir juntos! Si yo la hablase esta noche!

Entretanto, Susana volvía á casa de su madre pensando en el pobre Atanasio, y deseando, como muchas mujeres, la dicha para el hombre adorado, se creía capaz de servirle de peldaño con su hermoso cuerpo para que él lograra más pronto sus deseos.

Dicho esto ya, es necesario penetrar en la morada de aquella solterona sobre la cual convergían tantos intereses y en cuya casa iban á encontrarse aquella misma noche todos los actores de esta escena, á excepción de Susana. Esta arrogante y hermosa joven, bastante atrevida para quemar sus naves como Alejandro al empezar la vida y para comenzar la lucha manchada con una falta imaginaria, desapareció del teatro de los sucesos que relatamos, después de haberles comunicado un enorme interés. Por lo demás, sus deseos fueron colmados, y pudo abandonar la villa natal algunos días después, provista de dinero y de hermosos trajes, entre los cuales llevaba una hermosa bata de terciopelo verde y un delicioso sombrero forrado de seda encarnada que le regaló el señor de Valois, y que ella lo prefería á todo, hasta al dinero. Si el caballero hubiese ido á París en el momento en que ella estaba en el apogeo de sus triunfos, es indudable que lo hubiera dejado todo por él. Semejante á la casta Susana de la Biblia, que apenas había sido entrevistada por los ancianos, nuestra planchadora se establecía feliz y llena de esperanzas en París, mientras que todo Alençon deploraba sus desgracias y especialmente las damas de las dos sociedades de la Caridad y de la Maternidad, las cuales le manifestaron una viva simpatía. Si Susana puede ofrecer una imagen de esas hermosas normandas que según

un médico constituyen la tercera parte del consumo que hace de este artículo el monstruoso París, hemos de advertir que permaneció en las regiones más elevadas y más decentes de la galantería. En una época en que la mujer no existía ya, como afirmaba el señor de Valois, Susana fué únicamente *la señora de Val-Noble*; antaño hubiera sido rival de las Rodope, las Imperia y las Ninón. Uno de los escritores más distinguidos de la Restauración la ha puesto bajo su protección; ¿se casará acaso con ella? ¡quién sabe! Es periodista, y está por encima de la opinión, toda vez que la fabrica nueva cada seis años.

En casi todas las prefecturas de segundo orden de Francia existe un salón donde se reúnen personas considerables y consideradas, pero que no son la crema de la sociedad. Los dueños de la casa figuran, sí, en el número de las eminencias de la villa, son recibidos en todas partes y no se da una fiesta ni una comida á que ellos no sean invitados; pero las gentes con castillo, los padres que poseen hermosas tierras, la sociedad distinguida de la comarca, no va á su casa, y se limita á hacerles una visita y á dar y aceptar alguna comida. Este salón mixto donde se reúnen la pequeña nobleza, el clero y la magistratura, ejerce una gran influencia. La razón y el talento del país residen en esta sociedad sólida y sin fausto, donde cada uno conoce las rentas del vecino, donde existe una completa indiferencia en lo que atañe al lujo y al vestir, cosas que son juzgadas como puerilidades en comparación de una propiedad de diez ó doce fanegas de tierra, cuya adquisición ha sido incubada durante muchos años y ha dado lugar á inmensas combinaciones diplomáticas. Inmutable en sus preocupaciones, buenas ó malas, este cenáculo sigue una misma senda sin mirar adelante ni atrás; no admite nada de París sino después de un largo examen, se niega á los cachemires lo mismo que al papel del Estado, se burla de las novedades, no lee nada y quiere ignorarlo todo: ciencia, literatura, invenciones industriales. Obtiene el traslado de un prefecto que no conviene, y si éste se resiste, lo aísla á la manera de las abejas, que cubren de cera al caracol que ha penetrado en su colmena. Finalmente, las charlas se convierten muchas veces allí en solemnes sentencias, y aunque no se forman partidas de juego, las mujeres jóvenes concurren de tarde en tarde, y sólo van á buscar una aprobación de su conducta y una con-

sagración de su importancia. Esta supremacía concedida á una casa determinada, hiere frecuentemente el amor propio de algunos naturales del país, los cuales se consuelan calculando el gasto que aquélla impone, gasto de que ellos se aprovechan. Si no se encuentra fortuna bastante considerable para tener casa abierta, las gentes serias escogen como punto de reunión, como hacía la gente de Alençon, la casa de una persona inofensiva, cuya vida, carácter y posición deje á la sociedad dueña de sí misma y no haga sombra á las vanidades ni á los intereses de cada amo. La sociedad distinguida de Alençon se reunía, pues, en casa de la solterona cuya fortuna era blanco de la señora Gransón, sobrina segunda suya, y de los dos solterones cuyas secretas esperanzas acaban de ser descubiertas. Esta señorita vivía con su tío materno, antiguo vicario del obispado de Seez, tutor suyo antaño, y á quien debía heredar. La familia que estaba representada en este momento por la señorita Rosa Victoria María Cormón, fué en un tiempo una de las más considerables de la provincia. Aunque plebeya, esta familia se rozaba con la nobleza, se había aliado varias veces con ella y había dado varios intendentes á los duques de Alençon, muchos magistrados á la toga y algunos obispos al clero. El señor de Sponde, abuelo materno de la señorita Cormón, había sido elegido por la nobleza como diputado de los Estados generales y el señor Cormón, su padre, por el Tercer estado; pero ninguno de los dos aceptó esta misión. Hacía ya unos cien años que las hijas de esta familia se venían casando con nobles de la provincia; de suerte que abrazaba todas las ramas genealógicas de la nobleza. Ninguna burguesía se pareció nunca tanto á la nobleza.

Construída en tiempo de Enrique IV por Pedro Cormón, intendente del último conde de Alençon, la casa donde vivía la señorita Cormón había pertenecido siempre á su familia, y, de todos sus bienes visibles, éste era el que estimulaba más particularmente la codicia de sus dos viejos amantes. Sin embargo, lejos de dar rentas, este edificio originaba gastos; pero es tan raro encontrar en una villa de provincias una morada colocada en el centro, sin mal vecindario, hermosa por fuera y cómoda por dentro, que todo Alençon participaba de aquella codicia. Este antiguo palacio, estaba situado precisamente en medio de la calle del Val-Noble, llamada por corrupción el Val-Noble, á causa sin duda del

pliegue que hacía en el terreno el Brillante, pequeño arroyo que atraviesa Alençon. Esta morada es notable por su arquitectura á lo Médicis. Aunque está construída con granito, piedra que se trabaja difícilmente, sus ángulos, los marcos de las ventanas y los de las puertas, están decorados por almohadillados tallados á punta de diamante. Se compone de un solo piso con bajos, y su tejado sumamente alto presenta ventanas salientes adornadas exteriormente con balaustrés. Entre cada una de las ventanas sobresale un canalón figurando una boca fantástica de animal sin cuerpo, que vomita las aguas sobre grandes piedras perforadas por cinco agujeros. Los dos aleros están rematados por jarrones de plomo, símbolo de la burguesía, pues sólo á los nobles pertenecía antaño el derecho de tener veletas. De la parte del patio, á la derecha, están las cocheras y las cuadras, y á la izquierda la cocina, la leñera y el lavadero. Una de las hojas de la puerta cochera permanecía cerrada en su parte inferior, mas no en la superior, que permitía á los transeuntes ver en un vasto patio un cuadro de flores, cuya tierra estaba rodeada de un pequeño cercado de alheña. Algunos rosales de invierno, alelís, escabiosa, lirios y retamas de España componían el cuadro, en torno del cual se colocaban en verano tiestos de laureles, de granados y de mirtos. Admirado de la escrupulosa limpieza que brillaba en este patio y en estas dependencias, un extranjero hubiera podido adivinar á la solterona. La mirada que presidía allí debía ser una mirada desocupada, escudriñadora y conservadora, más bien que por carácter, por necesidad de acción. Una solterona ávida de invertir en algo su ociosidad, era la única que podía entretenerse en arrancar la hierba que crecía entre las losas, limpiar la cima de las paredes, exigir un barrido continuo y no dejar nunca por echar las cortinas de cuero de la cochera. Ella sola por ociosidad, era capaz de introducir una especie de limpieza holandesa en una provincia situada entre Perche, Bretaña y Normandía, países donde se profesa con orgullo una crasa indiferencia por todo lo que sea *confort*. Ni el caballero de Valois ni Bousquier, subían nunca los peldaños de la doble escalera de aquel palacio sin decirse: el uno que tal morada debía pertenecer á un par de Francia, y el otro que sólo el alcalde de la villa debía vivir allí. Al terminar la escalera se encontraba una puerta vidriera que daba entrada á una antesala iluminada por una segunda puerta semejante,

que iba á dar á una escalinata exterior que conducía al jardín. Esta especie de galería, cuyo pavimento estaba formado por ladrillos rojos y cuyo zócalo era de madera, era el hospital de los retratos de familias enfermas; unos tenían un ojo averiado, á otros les faltaba un hombro; aquél tenía en la mano un sombrero que ya no existía, y al de más allá, le habían amputado una pierna. Allí se depositaban las capas, los zuecos, los paraguas, los abrigos y las toquillas, y constituía el arsenal donde cada asiduo concurrente dejaba su bagaje al entrar y lo cogía al salir. Así es que á lo largo de la pared había una banqueta que servía de asiento á los criados que llegaban armados de faroles, y una gran estufa, á fin de combatir la brisa que penetraba á la vez del patio y del jardín. La casa estaba, pues, dividida en dos partes iguales. En la parte del patio estaba la caja de la escalera, un gran comedor que daba al jardín y una repostería que comunicaba con la cocina; y del otro lado un salón con cuatro ventanas, y contiguas á él, dos piecécitas, la una con vistas al jardín, y la otra con vistas al patio. El primer piso contenía la habitación completa de un matrimonio, y un albergue donde vivía el anciano abate Sponde. Las buhardillas debían ofrecer sin duda multitud de albergues habitados hacía ya tiempo por ratas y ratones cuyas fechorías nocturnas eran relatadas al caballero de Valois por la señorita Cormón, que se asombraba de la inutilidad de los medios empleados contra ellos. El jardín, de una media fanega, está bañado por el río Brillante, llamado así á causa de las partículas de mica que arrastran sus aguas en todas partes menos en el Val-Noble, donde su escasa corriente está cargada de tinturas y de los despojos que arrojan en ella los industriales de la villa. La orilla opuesta al jardín de la señorita Cormón está llena, como en todas las villas de provincia donde pasa un río, de casas donde se ejercen profesiones sedientas; pero, afortunadamente, la propietaria no tenía á la sazón en frente más que gentes tranquilas: un panadero, un quitamanchas y algunos ebanistas. Este jardín, lleno de flores comunes, termina naturalmente en una terraza que forma una especie de muelle en cuyo extremo hay algunos escalones para bajar al Brillante. En la balaustrada de la terraza imaginaos grandes tiestos de porcelana azul y blanca, donde brotan algunos alelís, ved á derecha é izquierda, á lo largo de las paredes vecinas, dos cubiertos de tilos, y tendréis una idea del pa-

saje lleno de púdica sinceridad, de castidad tranquila y de modestas vistas que ofrecían la orilla opuesta y sus sencillas casas, las escasas aguas del Brillante, el jardín, sus dos cubiertas pegadas á los muros vecinos y el venerable edificio de los Cormón. ¡Qué paz! ¡qué calma! nada de pomposo, pero nada de transitorio; allí todo parece eterno. El piso bajo pertenecía, pues, á la recepción, y todo olía allí á la rancia é inalterable provincia. El gran salón cuadrado con cuatro puertas y con cuatro ventanas, estaba modestamente ensamblado con maderas pintadas de gris. Un solo espejo oblongo ocupaba la chimenea, y la parte superior del tremó representaba al día conducido por las Horas. Este género de pintura infestaba todas las partes superiores de las puertas, donde el artista había inventado esos eternos asientos que en una gran parte de las casas del centro de Francia le hacen á uno aborrecer esos detestables Amores ocupados en segar, en sembrar ó en arrojarse flores. Las ventanas estaban provistas de sendas cortinas de damasco verde, con cordones terminados en enormes bellotas. La sillería tapizada, cuyas barnizadas maderas se distinguían por sus contorneadas formas tan de moda en el siglo pasado, presentaba en sus respaldos pinturas de las fábulas de La Fontaine. El techo estaba dividido en dos partes por una viga, de cuyo centro pendía una araña antigua de cristal de roca cubierta con una gasa verde. Sobre la chimenea se veían dos floreros azules de Sevres y un reloj cuyo asunto, tomado de la última escena del *Desertor*, demostraba la fama prodigiosa de que goza la obra de Sedaine. Este reloj, de cobre dorado, se componía de once personajes que tenían cuatro pulgadas de altura cada uno: en el fondo el desertor salía de la cárcel entre soldados, y delante su joven esposa le enseñaba su indulto. El hogar, las palas y las tenazas eran de un estilo análogo al del reloj. Los testers de madera de este salón tenían por adorno los retratos más recientes de la familia, uno ó dos Rigaud y tres pasteles de Latour. Cuatro mesas de juego, un chaquete y una mesa de *piquet* llenaban esta inmensa pieza, que era la única, por lo demás, que estaba entarimada. El gabinete de costura, completamente cubierto de laca antigua de color rojo, negro y oro, debía adquirir algunos años más tarde un valor enorme, valor que ni siquiera sospechaba la señorita Cormón, por más que, aunque le hubieran ofrecido mil escudos por cada testeró, ella no los hubiese dado, porque tenía

por sistema el no deshacerse de nada. La provincia tiene siempre fe en los tesoros escondidos por los antepasados. El inútil gabinete estaba tendido de ese antiguo tejido de Persia que tan buscado es hoy por todos los aficionados al género llamado Pompadour. El comedor, embaldosado con piedras negras y blancas, sin cielo raso, pero con vigas pintadas, contenía dos de esos formidables armarios con piedra de mármol. Las paredes, pintadas al fresco, representaban un enrejado de flores. Las sillas eran de madera barnizada y las puertas de madera de nogal, y todo contribuía á completar el aire patriarcal que se respiraba lo mismo en el interior que en el exterior de esta casa. El genio de la provincia lo había conservado todo: nada era nuevo ni antiguo, joven ni decrepito, y una fría exactitud se dejaba sentir en toda ella.

Los viajeros de Bretaña, de Normandía, de Maine y Anjou, deben haber visto en las capitales de estas provincias casas que se parecen más ó menos al palacio de los Cormón, pues éste es en su género un arquetipo de las casas burguesas de una gran parte de Francia, y merece tanto más un puesto en esta obra, cuanto que explica costumbres y representa ideas. ¿Quién no comprende ya lo muy tranquila y rutinaria que debía ser la vida en este antiguo edificio? Tenía también su biblioteca; pero ésta estaba situada por debajo del nivel del Brillante, y como todos los volúmenes estaban muy bien encuadernados, el polvo, lejos de perjudicarlos, les daba mayor valor.

El total de la sociedad de la señorita Cormón, se componía de unas ciento cincuenta personas; las unas iban á vivir al campo; las otras estaban enfermas; éstas viajaban por la comarca para sus negocios; pero existían algunas que permanecían siempre fieles y que, salvo los días que estaban invitadas á otra parte, iban siempre, como iban también las gentes obligadas por deber ó por hábito á vivir en la villa. Todas estas personas frisaban ya en la edad madura, pocas habían viajado, casi todas habían permanecido en la provincia y algunas habían tomado parte en la chuanería. Desde que empezaron á recibir recompensas los heroicos defensores de la buena causa, se comenzaba á poder hablar sin temor de esta guerra. El señor de Valois, que fué uno de los motores de la última toma de armas donde pereció el marqués de Montauran, entregado por su querida, daba hacia seis meses la clave de algunas jugarretas hechas á un viejo

republicano llamado Hulot, comandante de una media brigada acantonada en Alençon desde 1798 á 1800 y que había dejado recuerdos en el país (véanse *Los Chuanes*). Las mujeres se componían poco generalmente, á excepción de los miércoles, día en que la señorita Cormón daba una comida y en que los invitados del último miércoles pagaban su visita de digestión. Los miércoles hacían sarao, la asamblea era numerosa, convidados y visitantes se ponían *in focchi*; algunas mujeres llevaban allí sus labores y algunas jóvenes hacían sin rubor dibujos para el género de punto de Alençon, con cuyo producto atendían á sus necesidades. Ciertos maridos llevaban á sus mujeres por política, pues concurrían pocos jóvenes, no se podía hablar al oído sin llamar la atención y no había por lo tanto peligro de que nadie oyese una palabra amorosa. Cada tarde, á las seis, la amplia antesala recibía su acostumbrado mobiliario, y cada concurrente dejaba en ella su bastón, su capa ó su linterna. Se conocían tan bien todas estas personas y eran tan patriarcales sus costumbres, que si por casualidad el anciano abate Sponde estaba en el cubierto y la señorita Cormón en su cuarto, ni Petra, la camarera, ni Jacobito, el criado, ni la cocinera tenían que avisarles. El primero que llegaba esperaba al segundo, y cuando los concurrentes estaban en número suficientes para un *piquet*, para un *whist* ó para un *boston*, empezaban el juego sin esperar al abate Sponde ni á la señorita. Si era de noche ya, al oír la campanilla Petra ó Jacobito acudían y encendían las luces. Al ver luz en el salón, el abate se apresuraba á bajar lentamente. El chaquete, la mesa de *piquet*, las tres mesas de *boston* y la de *whist*, estaban todas las noches completas, lo cual componía, término medio, un número de veinticinco personas, incluyendo á las que sólo conversaban. Pero frecuentemente se reunían más de cuarenta, y entonces Jacobito encendía las luces del cuarto de labores y del gabinete. Entre las ocho y las nueve, los criados empezaban á llegar á la antesala á buscar á sus amos, y á menos que no ocurriese algo extraordinario, á las diez nunca quedaba nadie en el salón. A esta hora los concurrentes salían en grupos, discutiendo tal ó cual jugada ó continuando sus observaciones sobre las tierras cuya venta se acechaba, sobre la partición de las herencias, las discusiones que había entre los herederos y las pretensiones de la sociedad aristocrática. Ocurría como en París á la salida de un

espectáculo. Algunos, hablando de poesía sin entender nada, trinaron contra las costumbres de provincias; pero poned la frente en la mano izquierda, apoyad un pie en el morillo, colocad vuestro codo en la rodilla, y después, si estáis iniciado en el grato conjunto que ofrece este paisaje, esta casa y su interior, su sociedad y sus intereses, preguntaos lo que es la vida humana, y procurad deciros por aquel que ha grabado inscripciones en los obeliscos egipcios y el que ha jugado al *boston* por espacio de veinte años con Bousquier, el señor de Valois, la señorita Cormón, el presidente de la audiencia, el fiscal, el abate Sponde, la señora Gransón *é tutti quanti*. Si la vuelta exacta y periódica de los mismos pasos por el mismo sendero no es la dicha, se le parece tanto que las gentes, llevadas por las tormentas de una vida agitada á reflexionar acerca de los beneficios de la calma, dirán que allí estaba la dicha.

Para cifrar la importancia del salón de la señorita Cormón, bastará decir que el estadista de la sociedad, Bousquier, había calculado que las personas que concurrían á él poseían ciento treinta y un votos en el colegio electoral y reunían un millón ochocientos mil francos de renta en tierras. Sin embargo, la villa de Alençon no estaba representada por completo en este salón, toda vez que la sociedad aristocrática tenía el suyo, y además el salón del recaudador general era como una especie de posada administrativa donde toda su sociedad bailaba, intrigaba, amaba y cenaba. Estos otros dos salones se comunicaban por medio de algunas personas mixtas con la casa Cormón, y viceversa. Pero el salón Cormón juzgaba severamente lo que pasaba en aquellos dos campos, criticaba el lujo de sus comidas y discutía la conducta de las mujeres, sus trajes y las nuevas invenciones que en ellos se introducían.

La señorita Cormón, especie de razón social bajo la cual estaba comprendida una sociedad importante, tenía que ser necesariamente el blanco de dos ambiciosos tan profundos como el caballero de Valois y Bousquier. Para uno y otro la solterona representaba la diputación, y, por consiguiente, la dignidad de par para el noble y la recaudación general para el proveedor. Un salón dominador se crea tan difícilmente en París como en provincias, y aquél estaba ya creado. Casarse con la señorita Cormón era reinar en Alençon. Atanasio, el único de los tres pretendientes á la mano de la